

José Eduardo Abadi

La curiosidad *al diván*



JOSÉ EDUARDO ABADI

LA CURIOSIDAD AL DIVÁN

 Planeta

Índice

<i>Prólogo</i> , por Carlos Pagni	11
Mi valija abierta	19
Borges, lo terrenal y lo trascendente	39
La sonrisa y la vida	51
Salir a escena: el teatro, el mito y la tragedia . . .	55
No al pánico inútil, sí al miedo útil	65
1968-1993: acerca del cambio y la felicidad. Un diálogo con Cohn-Bendit	69
Nosotros dos	83
El placer por la curiosidad: intercambio de ideas con Lipovetsky y Vattimo	87
El diván de Rivadavia: un diálogo privado	99
Menem y Alfonsín: dos argumentos inconclusos	109
El éxito deportivo en los argentinos: la sana tenacidad y la ilusión mágica	121
La realidad, el tiempo y los sueños	127

Un psicoanalista en escena	129
Mi hermana Claudia	143
Un maestro a la distancia	145
Sobre el humor y la felicidad	149
La amistad y el recuerdo	159
Mi madre	165
El tercer diván	169
Mi familia y el psicoanálisis	171
Encuentros por el camino	183
La línea invisible	189
Envuelto en mis palabras	193
<i>Agradecimientos</i>	195

MI VALIJA ABIERTA

Después de transitar una vida en la Argentina, me descubro dueño de un equipaje de experiencias, encuentros y dolores que necesito y quiero compartir. Al momento de dar forma a este proyecto, me encontré con una palabra sencilla que desde hacía tiempo venía incubando. Tal como sucede en toda incubación, ella mantuvo un curso silencioso hasta aparecer de pronto, como si se tratara de una sorpresa. Esta palabra es «aprendizaje». Cuando digo aprendizaje me refiero a aquella permeabilidad por la que pude atesorar vivencias que hoy me permiten entender, aunque por supuesto nunca del todo, mucho de la condición de estar vivos en este mundo.

Sacar lo que llevaba en mi equipaje significó para mí un verdadero regalo. Junto al asombro que me despertó la diversidad de experiencias y conversaciones, apareció también la serena alegría de observar el camino recorrido. Ese equipaje, comprendí

entonces, parecía el inicio de un nuevo viaje exploratorio no solo de mí como persona, sino también como argentino. Me fue imposible no sentir un enorme agradecimiento.

Como psicoanalista me doy cuenta de la profunda significación que la valija tiene para mi propia historia y la de mis padres. Mauricio, mi padre, que había nacido en Damasco en el seno de la colectividad sefaradita, se trasladó a Europa a los dos años de edad cuando mi abuelo, en contra de su voluntad, tuvo que abandonar Siria. Mi padre era el hijo menor de siete hermanos, con una diferencia de edad muy importante con respecto al que le antecedió. Ya en Europa se instalaron en la ciudad de Milán, pero, Mussolini mediante, tuvieron que volver a exiliarse. Esta vez, el destino fue la Argentina. La valija del viajero siempre deja un espacio, aunque sea mínimo, para albergar las vivencias de cada lugar. De un modo distinto, por supuesto, a pesar de las distancias, me sigo sintiendo parte de esa historia y de esa tradición.

De parte de mi madre, mi abuelo Moisés había llegado a los dieciséis años de Lituania completamente solo —había quedado huérfano a los ocho años— y se decía que acá trabajó sin descanso. En su juventud conoció a mi abuela y, aunque parezca un milagro, construyeron juntos una realidad dichosa,

de la que años más tarde nacería mi madre, segunda hija de cuatro hermanos.

Hoy me parece evidente que esa tradición me transmitió su fuerza cuando, en el tiempo en que me dediqué al teatro, me producía una enorme emoción contar al público la *Odisea* de Homero. Si hay algo que me maravilla en los clásicos y en la épica griega, es ese otro mundo detrás de las apariencias que el mítico entrecerrar de ojos permite ver. Vale la pena recordar que *mito* proviene etimológicamente del verbo *myein*, que significa «los ojos entrecerrados». La curiosidad, el interrogante que desafía y cuestiona, siempre estuvo presente dentro de mi valija. Porque si hay algo que me entusiasma de la acción de preguntar, y que me lleva a ejercerla, enseñarla, proponerla y aprovecharla, es el asombro que produce y la luz que irradia. Todo mito propone una forma de ver, un punto de vista que, al igual que la pregunta, habilita un ida y vuelta enriquecedor. Desde los años de mi adolescencia se sostuvo inalterable la fascinación por aquello que los ojos entrecerrados invitaban a percibir. Si de algo estoy seguro, es de que nunca firmé un contrato definitivo con la mirada de la vigilia.

Desde muy chico admiraba ese mundo enorme que, sabía, nunca iba a poder abarcar y conocer en su totalidad. Lejos de desanimarme, la inmensidad de

lo desconocido era el motor que me llevaba a zambullirme en tantos argumentos distintos. Esa curiosidad nunca dejó de latir, aun cuando pudo estar más apagada en aquellos tramos de mi vida donde tuve pérdidas muy dolorosas. El interrogante nunca dejó de estar a mi lado: ¿quién era yo? ¿Por qué hacía lo que hacía? ¿Por qué pensaba como pensaba? ¿Qué iba a hacer para que el mañana fuera algo distinto al presente, aun cuando se le pareciera tanto? ¿Por qué lloraba cada vez que Ulises lograba volver a Ítaca y conocer a su hijo, Telémaco, a quien no había visto desde su partida a Troya? ¿Por qué me enternecía tanto su padre cuando finalmente podía cerrar los ojos al escuchar aquella voz diciéndole que era él, su hijo Ulises, quien había vuelto de la guerra y se encontraba vivo? ¿Por qué me sentía como un fantasma, testigo de esas historias? Creo que estas preguntas todavía permanecen dentro de mí.

Somos otros y los mismos a medida que el tiempo avanza, aun cuando la misma valija simule que en apariencia todo sigue igual. No me alcanzaría este espacio para explicar todo lo que me enseñaron el psicoanálisis, el teatro y la filosofía; lo que aprendí al haber enfrentado el miedo a incursionar en aquellos territorios que un manual burgués hubiera dicho que no formaban parte de mi itinerario. Recuerdo una vez que le pregunté a mi querido Tato Pavlovsky

quién pensaba él que debía ser el protagonista de la primera obra que yo había escrito. «Ni me hagas esa pregunta», respondió. «Sabés perfectamente que sos vos el que la tiene que interpretar». Si hoy me acuerdo de esas palabras es porque, como un tesoro escondido en ellas, también escuché esta otra afirmación: «No dejes que el miedo te gane». Gracias a Tato, entendí aquella vez lo difícil que es probar algo nuevo sin poner en juego el coraje. Más adelante les contaré algo más sobre esta primera obra que estrené en un teatro clásico de San Telmo.

No fueron pocas las veces que amigos, o incluso simples conocidos, me preguntaron: «José, ¿por qué hacés tantas cosas distintas?». Nunca me resultó fácil responder esta pregunta. Recuerdo que lo primero que contestaba, casi defensivamente, como si me hubiera asustado o como si la pregunta tuviera cierta connotación crítica, era: «Bueno, principalmente soy médico psiquiatra, psicoanalista, y también me gustan otras cosas». Por suerte, abandoné pronto esa respuesta temerosa y simplificadora, tal vez ridícula. Después vino un problema mayor: tuve que hacerme yo mismo y de un modo sincero esa pregunta. ¿Por qué hacía, efectivamente, todas esas cosas a las que, confieso, no podía renunciar? Creo que algunas de las razones las conozco, sé que otras quedarán pendientes. Pero la relación, el vínculo, el acercamiento

a los otros, siempre me deleitó. La cercanía envuelta en el acto de contar algo y escuchar, esa palabra inevitablemente ausente, el ida y vuelta, la fuerza del diálogo, todo eso era un verdadero imán para mí. Fue allí donde también pude reconocer la diferencia entre una mirada, una caricia y un abrazo. La inquietud intelectual se mezcló siempre con los misterios de la sensualidad. Tal vez hayan sido estas las razones por las que incursioné en tantos ámbitos sin atenerme al manual del buen viajero.

Que hubiera un solo espacio iluminado significaba que también había otros que permanecían oscuros. Y no me podía resignar a no iluminarlos de algún modo. Quizá en la misma educación que recibí en casa me encontré también con el averiguar, el conocer, el descifrar —no olvidemos que mis padres eran psicoanalistas—, actitudes que agregaban siempre una mirada a lo que se veía en la superficie. Creo que eso me llevó a desarrollar un interés por los otros, un cierto ánimo que muchas veces me hizo experimentar una gran admiración por los protagonistas de las historias y acontecimientos. Lo digo francamente: quería conocerlos, estar cerca, saber de ellos, escucharlos, que me escucharan. Creía de un modo ingenuo, como tal vez lo crea aún hoy, que eso de algún modo me convertía en protagonista de esas historias.

Recuerdo la emoción que sentí al entrar a la sede del Partido Verde ecológico alemán en Frankfurt para tener una entrevista nada menos que con el líder estudiantil del Mayo francés, en el veinticinco aniversario de ese acontecimiento. Todavía me asombra que tantos, por lo menos en nuestro país, no sepan de qué se trató ese mes revolucionario —ese suceso que marcó una época, la de mi juventud—. O cuando en aquel mismo viaje hacia Frankfurt, me encontré en Ezeiza con Antonio Di Pietro, el fiscal, gestor y fundador del famoso *Mani pulite*, por el cual se cambió la fisonomía de esa Italia que también está en mi valija. Y que, gracias a las cuatro horas de demora del avión, pude, por esas casualidades en las que no creo, charlar con él almorzando juntos en el comedor de Ezeiza con una franqueza y una empatía que los dos disfrutamos. O las anécdotas y los diálogos que sucedieron cuando invité a Gilles Lipovetsky, aquel famoso filósofo francés, a venir a Buenos Aires para que ofreciera charlas, conferencias y para que tuviéramos juntos un diálogo, que luego saldría publicado en distintos medios. Por no mencionar lo singular, entre raro y no tan raro, que fueron mis diálogos con varios de los presidentes argentinos, que por distintas circunstancias me invitaron a compartir momentos y opiniones junto a ellos.

La admiración fue siempre un estímulo de enorme importancia en mis búsquedas. Cuando un gran amigo de mi familia materna —que fue productor de cine en la Inglaterra del sesenta y setenta— me invitaba a ver alguna de las filmaciones que producía, yo no podía contener mi avidez por entender el porqué y el para qué de lo que se estaba filmando, actuando y diciendo. Lo que él charlaba y me explicaba, me hacía tomar conciencia de todo lo que se puede observar cuando los ojos se abren de otra manera. Lo que le escuché conversar con John Schlesinger director de aquel entonces, y con actrices y actores renombrados del elenco, como Glenda Jackson, Peter Finch y tantos otros, son también preciados materiales que llevo en mi valija. Seguramente, fue esa misma avidez de contacto la que me llevó a aprender idiomas, y a disfrutar tanto de hablarlos, sin dejar en paz a un solo taxista.

A pesar de la inmensidad del mundo y de la infinidad de destinos que quedarán pendientes, siempre consideré importante saber que los límites existen para uno. Y que eso está bien. Pero también entendí que los límites tienen que poder ser empujados para así generar espacios más amplios. Porque, en definitiva, ellos son una invitación a que los empujemos. No para que dejen de existir, sino para que nos permitan y a la vez exijan ser más libres.

Cuando pienso que hace cincuenta años ejerzo mi tarea de psiquiatra y psicoanalista, comprendo el modo singular en que muchas de estas experiencias convergen en mi profesión. Detrás del sufrimiento y del pedido de ayuda de un paciente se encuentra muchas veces la escucha de esos argumentos determinantes de la vida que ellos no pueden alcanzar a discernir. Ayudarlos a ser autores y protagonistas de su propio libreto es apasionante. Nos compromete, nos influye. Debo reconocer cuánto de esta vocación se plasmó en horas de trabajo junto a aquella gente que confió en mí y de la que pude aprender tantas cosas. Qué decir sobre el desafío que representó el hecho de que muchos de ellos fueran personajes populares, relevantes o poderosos de aquel presente.

¿Cabe alguna duda de la influencia que tuvo en mí el hecho de que mis padres hubieran sido figuras fundamentales del psicoanálisis en la Argentina? Como todo hijo, me encontré ante la difícil tarea de aprender y a la vez diferenciarme, de escuchar y refutar lo que muchas veces me enseñaron. Más adelante les contaré la anécdota de cuando acompañé a mi madre a Londres y estuve presente allí en un diálogo con Anna Freud, sentados frente a frente en su consultorio, en la casa donde Sigmund Freud pasó sus últimos años de vida. Yo tenía dieciocho años y por algún motivo casi nunca lo cuento, como

si fuera un regalo escondido que no me resulta fácil compartir. ¿O tal vez fuera el pudor o acaso el miedo de que se me escape?

Finalmente apareció el apellido: Freud. Se imaginan las veces que lo habré escuchado en casa. De muy chico, pensé que había sido amigo de papá. Y un amigo medio particular, habré pensado, porque en esa época cuando todavía yo iba al primario, nadie sabía quién era Freud, ni mucho menos qué era el psicoanálisis. Analizarse psicoanalíticamente era misterioso o por lo menos algo raro. Hasta el director de mi escuela me preguntó un día qué cosa era eso que hacía mi papá. Yo siempre intentaba en la respuesta tranquilizar a aquellos que me pedían explicaciones, casi como si tuviera que empezar la respuesta diciendo que el psicoanálisis no era nada malo, que era bueno. Tal vez para conferirle una cuota de cientificidad que lo alejara de un oscurantismo peligroso, aclaraba: «Mire que es el psicoanálisis que empieza con P. Algo distinto pero serio».

¡Cuántos psicoanalistas poblaron mi mundo! Desde la infancia tuve una gran familiaridad con respecto a ese universo que para tantos otros resultaba extraño. Años después, ya adolescente, me sentiría un privilegiado por haber conocido a aquellos que, en ese momento más ortodoxo del psicoanálisis, los demás desconocían. Luego, cuando ingresé en la

formación y me convertí en un colega, comencé a descubrir innumerables historias, alianzas y conflictos de una disciplina que es un verdadero universo, demasiado humano.

Si supieran lo extraño —y para algunos criticable— que fue el hecho de que mi padre apareciera en 1962 como entrevistado semanal en un programa de televisión que se llamaba *Claudia mira la vida*. «¿Psicoanálisis en la TV?», se objetaba. Qué lejos parece todo hoy. Pensar que en 2004, cuando relaté *Edipo rey* desde un escenario, una de las explicaciones con las que justificaba la importancia de volver al mito era «tratar de volver a jerarquizarlo después de años de que fuera hablado en todos lados, en todo momento y por todos». ¿Cómo enaltecer las misteriosas preguntas que la esfinge inquiría a aquellos que se animaban a desafiarla? ¿Cómo lograr transmitirle a ese público la fascinación que alguna vez había sentido al escuchar el relato en boca de mis padres? Ese era, en algún punto, mi desafío: recuperar la conmoción que la famosa esfinge producía en los viajeros cuando estos querían acceder a la ciudad de Tebas. ¿Cómo no va a ser significativa para mí, casi crucial, la noción de interrogante? ¿Cómo no me van a cautivar los escritores que hacen de la pregunta un mundo por develar y, como frente a la esfinge, enfrentan el miedo a ser devorados?

El psicoanálisis de aquel entonces llevaba en sus entrañas una verdadera emocionalidad pionera que lo dotaba de un carácter épico, riesgoso, revolucionario. Y me atrevo a decirlo, como lo sentía yo de chico, hermoso. Siempre creí que algo de esa relación de encantamiento secreto que se había despertado en aquel entonces supo acompañarme a lo largo de mi carrera, más allá de las necesarias e indispensables elaboraciones posteriores que tuvo la teoría. Hoy no dudo de que había algo del misterio del psicoanálisis y del misterio de la tragedia que se fundían en mí. Que se aliaban y abrían nuevos territorios. Tal vez el parentesco entre ambos nos haya hecho sentir a muchos de nosotros conocedores de una afinidad, pero también dueños de una salvación que evitase lo inevitable de la tragedia. Pienso ahora, mientras escribo estas palabras, que algunos necesitaron mistificar con jergas ciertos elementos de la teoría para poder adquirir de ese modo algo del secreto exclusivo que el psicoanálisis tuvo en sus comienzos. Me pregunto a veces, les confieso que no lo sé, si muchas de las sofisticaciones del presente —que a veces rozan lo absurdo en su incomprensibilidad— no intentarán convocar aquella palabra distinta que sentimos que nacía durante aquellos primeros tiempos.

Ya psicoanalista, con años de experiencia en mis espaldas, me preguntaron alguna vez en la televisión:

«¿Por qué tanta gente se psicoanaliza en la Argentina?». La respuesta inicial que uno tenía, casi automática, era que eso se vinculaba con una inmigración culta europea que había venido de la Europa de posguerra. Gente que había oído, ya en aquel entonces, la palabra misteriosa del psicoanálisis. Y esos, imagino, habrán sido los primeros pacientes. Sin embargo, yendo un poquito más hondo, advierto un hecho crucial que explica la importancia tan difundida de esta práctica en nuestro país: la Argentina carece de un argumento que le dé una identidad a cada uno de quienes la habitamos. Me refiero a una historia que nos dé una mítica. Creo que, para mucha gente, el psicoanálisis apareció como el instrumento perfecto para generarla o descubrirla, y así poder reemplazar esa ausencia. Porque aunque en el consultorio todo es privado y parece a veces individual, estamos atravesados por los otros, por lo social, por la historia. Y de ese atravesamiento, creo, se trata este libro.

Por otro lado, y no lo quiero olvidar, en los años de las dictaduras que transitó nuestro país, hubo un momento en que se consideró al psicoanálisis como un vector peligroso para la nacionalidad. En algunos períodos sombríos de nuestra historia, los psicoanalistas fuimos para muchos quienes lográbamos decir lo que no se podía. Se comentaba que hablábamos de temas que no eran decentes. Recuerdo por ejemplo

cuando tuvimos que disolver grupos de terapia psicodramática —donde yo colaboraba como adjunto—, porque, según decían, el argentino se había vuelto peligroso el uno para el otro

Casi como una broma, peor aún, como un sketch de película cómica a lo Woody Allen, irrumpe en mí el siguiente recuerdo: siendo profesor de Psicopatología, en un momento de la última dictadura, me llamó un importante funcionario académico para que tuviéramos una reunión. El paso del tiempo hizo que me olvidara de su nombre y hasta de su cara. Solo sé que era muy joven. Como un modo de dar inicio a la reunión, el hombre me comentó que era notable la cantidad de alumnos que venían aquellos sábados a la mañana, sin que fuera obligatorio, a escuchar mis teóricos sobre psicoanálisis. Le agradecí de un modo sobrio, sospechando que había algo más que faltaba por decir. A las pocas palabras, apareció el sentido verdadero de aquel encuentro: el funcionario me sugería que intentara reducir toda esa parte del incesto de la que yo tanto hablaba. Que no insistiera con aquello del parricidio ni mucho menos con todo eso de la relación del hijo con la madre. No faltó que agregara más. Con una mueca lo dijo todo. Le expliqué, no sin cierta sorpresa, que se trataba de uno de los núcleos de la teoría psicoanalítica. Hablar de aquellos temas tenía por propósito la comprensión

de los mecanismos del inconsciente, y no la declaración abierta de nuestra degeneración sexual. En mi fuero interno me moría de ganas de decirle: «Mire que somos inocentes, acá nadie mató a su padre». Creo que no hubiera comprendido la humorada, aunque tal vez lo hubiera tranquilizado. Después de aquello, no volvimos a hablar. Por suerte, o quién sabe por qué, todo quedó ahí y pude continuar dando las clases con algo parecido a la normalidad (palabra fugitiva en aquella época).

Entre los tantos papeles que había en mi valija encontré también el programa que repartíamos a la entrada de *Eduardo y Marco Antonio, aquí y entonces*, la obra de teatro que escribí e interpreté en 1989. Por supuesto, que un psicoanalista se subiera al escenario no representaba un hecho tan extraño como lo había sido el de mi padre en la televisión de 1962. Sin embargo, a los ojos de un espectador, tampoco era algo completamente orgánico y esperable. El teatro, al menos en mí, no era otra forma de decir aquello que decía en mi trabajo psicoanalítico, sino la expresión de una fuerza vocacional gigante que, desde chico, tuve por el arte. A veces digo en broma, pero no es una broma, que me creía bígamo, que estaba casado con dos amores distintos. Con los años pude entender que, en definitiva, siempre hablé de lo mismo.

Marco Antonio fue un personaje que me marcó profundamente, cuyo monólogo declamé y cuyo sentido psicoanalítico estudié con detenimiento. Voy a confesarles algo. Hoy en día, algunas veces en mi soledad, siento la necesidad de recitar palabras de aquella tragedia shakesperiana. Y lo hago. Entonces vuelve Italia a mi mente y afloran recuerdos vinculados con ese otro país que, por mi historia familiar, también siento cercano. Cuando a principios de los años dos mil almorcé junto a Bettinotti —personaje central del socialismo italiano de aquel entonces—, sentí la necesidad de preguntarle cómo era que experimentaba la mítica de la historia romana dentro de su alma. ¿Latía o era una fantasía mía? No recuerdo si demoró unos segundos en la respuesta. Pero contestó: «Sin duda nos recorre a muchos de nosotros». Mi emoción por dialogar con él era tan grande, que tuve que contenerme de recitarle, como tantas veces lo había hecho solo, Marco Antonio en italiano, quizá como una forma de mostrarle que esa mítica también corría por mis venas.

¡Qué importante fue el arte en mi historia! Sus marcas me acompañaron a donde iba, y me ayudaron muchas veces a sobrellevar duros momentos. Me acuerdo entonces de mi padre y no puedo evitar que los ojos se me llenen de lágrimas. Durante sus últimos años, ya afásico e incapacitado para hablar,

yo le recitaba el final del monólogo de Marco Antonio, como un modo de estar juntos y acompañarlo. Cuando el parlamento llegaba a la última palabra que era «rivoltarsi», él vencía toda imposibilidad y la pronunciaba en italiano. Cada vez que nos veíamos, le volvía a recitar aquel monólogo para escucharlo exclamar ese mágico «rivoltarsi». Una forma ingenua, tal vez, de que él recupere la palabra y yo a mi padre hablante.

Creo que con los años empecé a despojar a la muerte del sentido de su inevitabilidad trágica. Una vez, en una reunión muy privada entre mi padre, muy pocos y yo, escuché a Jorge Luis Borges decir unas palabras sobre esta temática tan humana como indescifrable. Siempre sentí que él escondía algo, pero que también sabía sobre aquello esencial que nos recorre a los humanos y que solo algunos pocos pueden detectar. Pido perdón por el lugar común: su ceguera me evocaba a la visión trascendente del ciego y adivino Tiresias de la mitología griega. Figuras como Borges nos recuerdan que hay veces que con una escucha muy singular se puede alcanzar la verdad, aunque, por supuesto, el camino siempre va a seguir abierto.

Cuánta razón tenía Baudelaire cuando decía que partir por el deseo de partir era la marca auténtica del verdadero viajero. Sin embargo, también mantuve

un sentimiento de pertenencia con respecto a este país. La Argentina siempre será, al menos en mi caso, un verdadero y muchas veces doloroso enigma. ¿De dónde viene ese interés por mi país? Las respuestas que encuentro no pueden sino vincularse con el psicoanálisis. Por ejemplo: que nunca hubo una función paterna, un padre para la Argentina; que nunca hubo alguien que, en vez de encarnar el poder, lo asumiera como un modo de transmitir un argumento para la vida colectiva. Así nace la confianza que es testimonio de normas internalizadas que permiten reunirnos y estar juntos para el desafío de plasmar proyectos.

Siempre me llamó la atención la enorme dificultad para construir lazos de confianza en nuestra sociedad. ¿Por qué no podíamos conformar un conjunto que trascendiera la individualidad a través de una mística, aunque sea con minúscula? La ausencia del padre se me aparecía vinculada con esa búsqueda afanosa del salvador, del ídolo popular que tanto recorre nuestra tierra. El ídolo, que significa falso dios, es inmadurez, ilusión y magia. El resultado siempre termina siendo la decepción, con el cortejo de consecuencias que lleva. Más allá de que haya querido serlo o no, pienso que fue esto lo que terminó por convertirlo al general Juan Domingo Perón en la figura que fue para los argentinos.

A lo largo de estos años tuve la posibilidad de hablar con casi todos los presidentes. A muchos de ellos les pregunté si se habían analizado. Pensé que alguno me diría que sí, pero la respuesta más cercana que encontré fue: «No, algunas consultas aisladas pude haber hecho». Evidentemente, el psicoanálisis no formaba parte de sus valijas. Nunca supe muy bien qué guardarían en sus equipajes. Sí, en cambio, por amistad o por alguna que otra razón, frecuenté a distintos políticos, quienes sí tuvieron una experiencia psicoterapéutica. En cada una de esas conversaciones no dejé de reencontrarme con el enigma de lo argentino. Me pregunto si lo que todavía queda por responder es una fantasía ligada al deseo o una realidad posible, una perspectiva sobre aquello que he aprendido de los hombres y mujeres de mi país.

A pesar de ser tantos los recuerdos que todavía permanecen en mi valija, creo que es momento de detenerme. Toda exploración requiere sus pausas y ahora necesito ordenar lo que saqué: la pregunta por el misterio y la muerte, el problema de lo argentino, la sacralidad profana del psicoanálisis, y tantas otras conversaciones y experiencias que giran en torno a estos temas. Llegó la hora de descubrir dónde estoy en todo eso. Evidentemente, soy otro y el mismo a la vez.